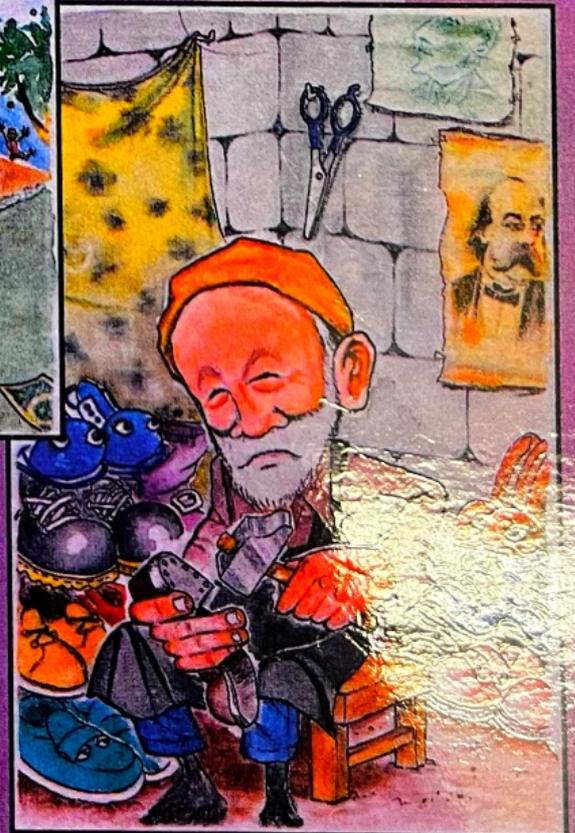


# Cuentos Humanos



*Estela Zapata Carty de Inga*



- *Historia de Dos Pumas*
- *Feliciano Fe*
- *Don Nabo*

Estela Zapata Carty de Inga

Cuentos

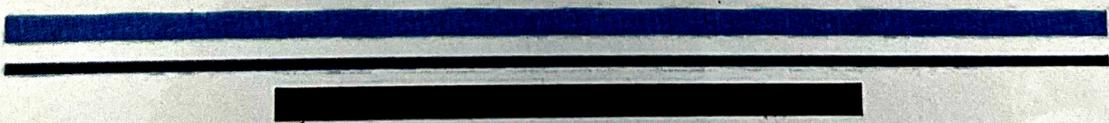
Humanos

Editorial  
MANTARO





**HISTORIA  
DE  
DOS PUMAS**





Muy de mañana con los rayos tibios del alba, la madrugada de celeste intenso había sorprendido a Marcos, campesino de la serranía peruana en su diaria faena por el campo. Mientras buscaba protección de la intensa lluvia pensaba en los duraznos que empezarán a florecer, tenía la esperanza que la madre tierra esta vez le diera buenos frutos.

Después de buscar con la vista a su alrededor ubicó a lo lejos una cueva que le permitiría protegerse del ocasional y repentino llanto de las nubes que ese día era abundante. Ubicado ya en la oscuridad del aposento y, después de un breve tiempo transcurrido para que sus ojos se acostumbraran a la oscuridad de la cueva, se dio cuenta que había invadido terreno de los pumas. Dos pequeños pumitas recién nacidos, casi ciegos, se arrastraban por el suelo. Marcos comprendió entonces que un "compadre" y una "comadre" que es como llaman a los pumas respetuosamente en el departamento de Apurímac, pronto regresarían por sus crías.

Grande fue la preocupación de Marcos que casi sin darse cuenta de un brinco abandonó su transitorio refugio.

Mejorando el tiempo, regresó al campo y todo el día mientras sacaba la mala hierba de las sementeras, sólo un pensamiento llenaba su apelmazada cabeza, su rostro color capulí..... Los pumitas recién nacidos!!! —Dónde estaría su madre? .....

Después del trabajo, ya en el calor de su humilde choza, comentó con su mujer la experiencia vivida y desde



entonces todos los días desviaba su camino para pasar por otro más difícil y así obligatoriamente observar a los pumitas. Sus ojotas trazaron un camino delgado por el que Marcos casi corría cuando rápidamente miraba a los cachorros y se cuidaba con terror de la posible llegada del papá puma o la mamá puma.

El campesino había escuchado a su abuelo hablar de los pumas en las noches de su niñez en que la familia se reunía y sentados en los pellejos de los carneros, sólo iluminados por la luz que despedían las corontas de maíz encendidas en el fogón de la cocina, se había deleitado con la historia de esos “caballeros honestos”, que eran como les

decían la gente mayor a los pumas. Recordaba que en su infancia y juventud había tenido varios encuentros con ellos cuando regresaba a casa con su madre, cuando el sol se ocultaba, uno de ellos aparecía en el camino.

—Buenas tardes “compadre” —siempre saludaba su madre al puma.

—Buenas noches “compadre”... tiene usted hambre? ... nos permite pasar compadrito?... casi le hacían una reverencia, y el “compadre” sentado sobre las piedras, majestuoso cerca de las tunas, los miraba intensamente a él y a su madre, y Marcos aun muy pequeño se congelaba de miedo. El dueño de los Andes se daba media vuelta e imperturbable se retiraba. Marcos se deleitaba recordando pasajes de su vida, las retamas, las tunas, pichincuchays, camioncitos de arcilla y por supuesto, los pumas. Los “compadres” visitaban a los vecinos por las noches y sus ojos iluminaban la oscuridad. En otras ocasiones él mismo había sido sorprendido por uno de ellos mientras soplabla con la fukuna el fogón.

En el Perú especialmente en la región que comprende Puno, Cuzco, Apurímac, Huancavelica, Ayacucho y Huánuco viven los pumas; Willy Lewis un soldado de la patria afirma haberlo visto en el Departamento de Amazonas, felino mítico, considerado Dios entre los antiguos pobladores. Los hombres Chavín, los pocras, los chancas, los puneños y los cusqueños lo consideraron una divinidad.

Marcos en su diaria tarea por el territorio de los pumas y con extremada cautela observó cierto día que no había



movimiento en la cueva de los pumitas y cuando se acercó observó que éstos casi no se movían. Pensando que estaban enfermos se retiró por varios días. Algún tiempo después que los visitó no tuvo duda que algo grave había pasado con su madre pues los pumitas estaban por morir, apenas respiraban, algo malo tenía que haberle sucedido a la madre de los pumitas. Una manta que ajustaba la cintura del campesino le permitió levantar tan preciada carga y salvarlos de una muerte temprana.

Los dos pumitas recibieron abrigo y protección, se alimentaron del cariño de los campesinos, pero uno de ellos no pudo superar su debilidad y una mañana en su casa debajo de su ventana Marcos lo encontró frío, como una piedra mojada, como ichu duro el pelo que con el sereno brillaba. Hacia el cielo de los pumas se había ido anda que te anda. El que quedaba debía salvarse. Fue cuando "Esperanza del Perú" que es como se llama nuestro puma, en un acto de generosidad nos fue obsequiado. El campesino, el soberano del Ande y del Perú hizo entrega de este símbolo porque tenía una misión que cumplir: integrar a los hombres de un hermoso pueblo, de un valeroso país, juntar todas las sangres en una sola y hacer grande al hombre que lo tuviera.

## UN PUMA RUGE EN LA COSTA

Esperanza llegó a nuestra casa en una cajita de cartón. Mi padre la trajo. Pensamos que sería pan serrano. Al salir de ella al nuevo mundo, pequeño aún, avanzó sigilosamente sobre la yema de sus patitas y su corazón que palpitaba rápidamente sintió otro que palpitaba más fuerte, una sonrisa y unas faldas, las de mi madre. Dormir en ellas fue el primer acto de su vida en nuestro hogar.

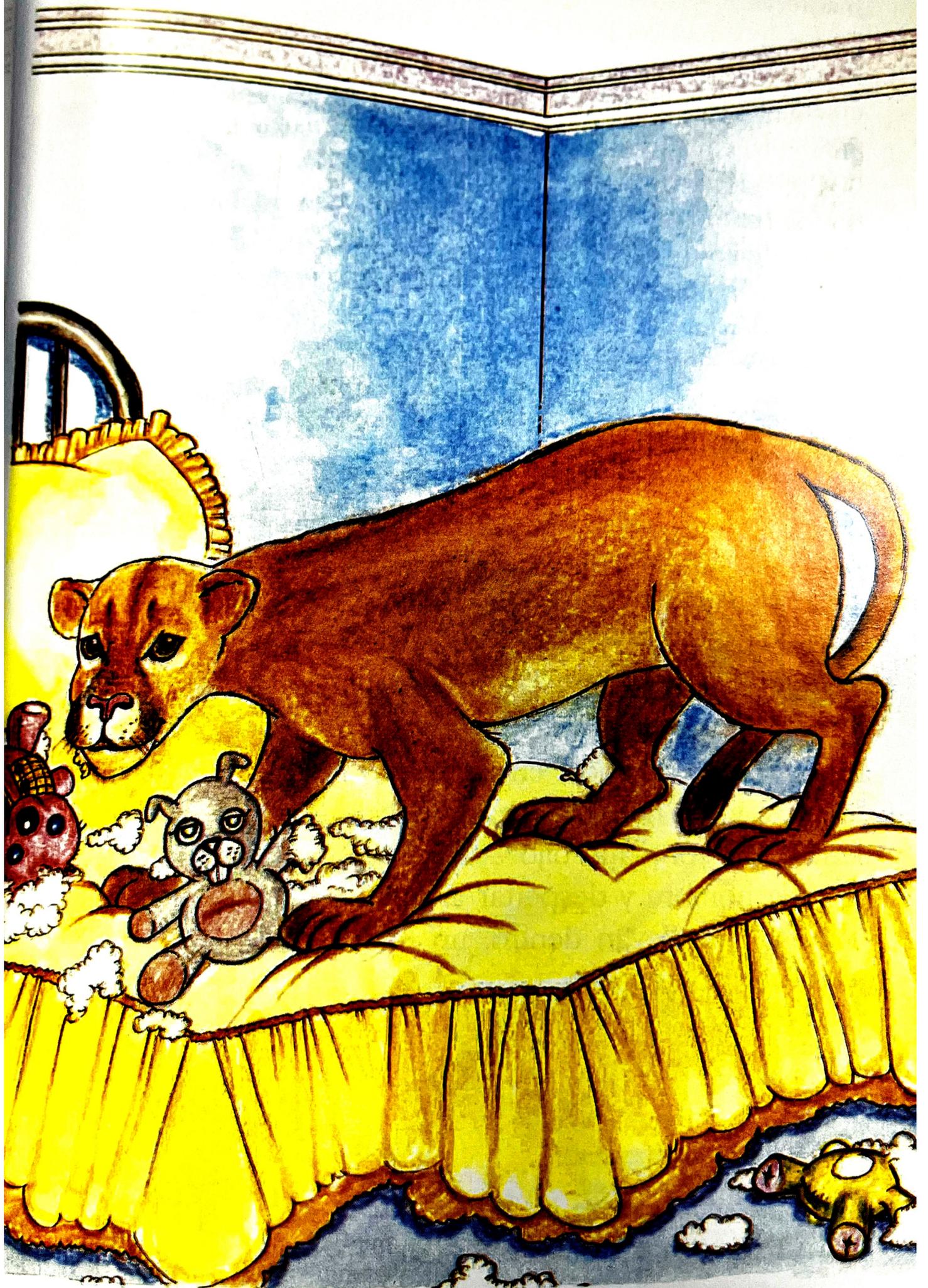
"Esperanza del Perú" abraza a mi padre y no lo deja moverse, los campesinos se alegran con este hecho, se comunican con las miradas y sus elocuentes silencios y

gestos afirmativos sintonizan conmigo, creo que él tendrá que sembrar una especial semilla del amor en cada hombre.

“Epelancha” que es como yo lo llamo, fue entonces nuestro motivo de conversación diaria. Aprendimos a conocerlo, él también fue reconociendo uno a uno a los miembros de su nueva familia. Empezamos a consultar libros y enciclopedias, conversamos con gente que conocía por experiencia y profesionalmente a los pumas. Nos enteramos que pronto cambiaría de pelo y que cuando esto ocurriera habría dejado de ser un pumita para convertirse en el rey. Comprendimos que la libertad era vital para él.

Un año suelto en casa revolucionó nuestras vidas. Esperanza del Perú juguetón, Esperanza majestuoso, Esperanza dócil, hizo de nuestro jardín el lugar temido por los visitantes y refugio de alegría y aventuras para nosotros.

Esperanza tiene diferentes estados de ánimo, ronronea temprano al despertarse cuando le rascamos el cuello y cuando a las siete u ocho de la noche está por dormirse, adoptando las más extrañas posiciones para hacerlo, cada pose es una gracia. Sube a nuestros dormitorios, especialmente a la de mi hermana menor y casi no ha quedado un muñeco de peluche bueno, pues Esperanza ha dado cuenta de ellos; campeón rompiendo la loza de la casa, juega con “María Cristina” nuestra tortuga y le tiene consideración a nuestra perra “Peyi” quien con sólo mostrarle los dientes le ha comunicado a Esperanza del Perú que su seriedad de



madre de seis pequeñísimos perritos no es para juegos..... Todos lo amamos, pero a veces Esperanza se vuelve fiero. Esperanza ha elegido entre todos a mi padre. Muy temprano en las mañanas emprende veloz carrera hacia los dormitorios, sube las escaleras... todos preparados para evitar que nos sorprenda dormidos. Esperanza salta sobre la cama, especialmente la de mi padre, y ronronea y empieza un rito que aún a fuerza de repetirse todos los días no deja de sorprendernos, sube sobre su cabeza y empieza a lamerle el cabello una y otra vez regalando en la cara ásperos lenguazos. Después de una prolongada sesión Esperanza se retira buscando en los otros miembros de la familia piernas o brazos para morder.

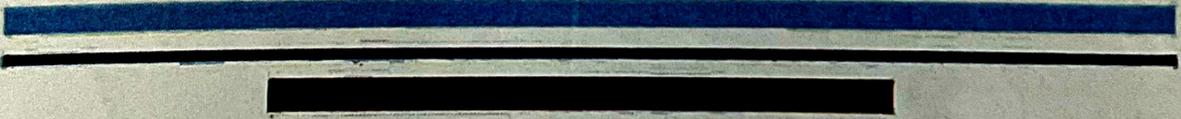
El puma tiene una mirada que hipnotiza, cada día crece más y es tosco. Sus ojos color de su piel y de la tierra son hermosos, salta a los brazos de mi paciente madre, con quien en una suerte de juego-pelea han elaborado su propio código de comunicación y entre arañazos, mordidas, besos y sonrisas pasa sus días.

Esperanza del Perú me mira fijamente, quiere hablar, abre y cierra los ojos, en su pálido pelaje aparecen tintes dorados, y me habla! me habla! —Soy la energía de nuestra tierra y del sol— me dijo —tengo que entrar en el corazón de cada hombre y despertar al puma en cada uno de ellos, al puma que llevan dentro, un nuevo despertar, un nuevo amanecer nos espera.





**DON  
NABO**





Había una vez un viejito zapatero y peluquero que vivía solo; en un lugar denominado Monterrico, sin más compañía que los zapatos que le mandaban arreglar. Alegremente y con tenacidad trabajaba Don Nabo arreglando los zapatos de los pobladores.

Don Nabo, que a sazón se llamaba Idelfonso Navarrete, era un señor que tenía 90 años. Había nacido en Lima de antaño y, su trabajo a temprana edad le había permitido vivir no sin algunas dificultades. Entre peón y parcelero pasó la primera etapa de su vida y, después de quedar viudo, sin hijos ni familia alguna, se dedicó a ser zapatero y peluquero.

Tin-ton, ton-tin, toc-toc, triz-traz, eran los ruidos que se escuchaban todos los días y que a fuerza de repetirse con la misma intensidad y frecuencia habían adquirido armonía y musicalidad.

Tin-ton, ton-tin, toc-toc, triz-traz, eran los acompasados golpes de su martillo y tijeras. Zapatos sin media suela parecían sonreírle, otros, sacarle alegremente la lengua, unos, de tacones altos y color amarillo esperaban su turno impacientes, y sobre un cerro de ellos, los más pequeños parecían descansar en un dulce sueño.

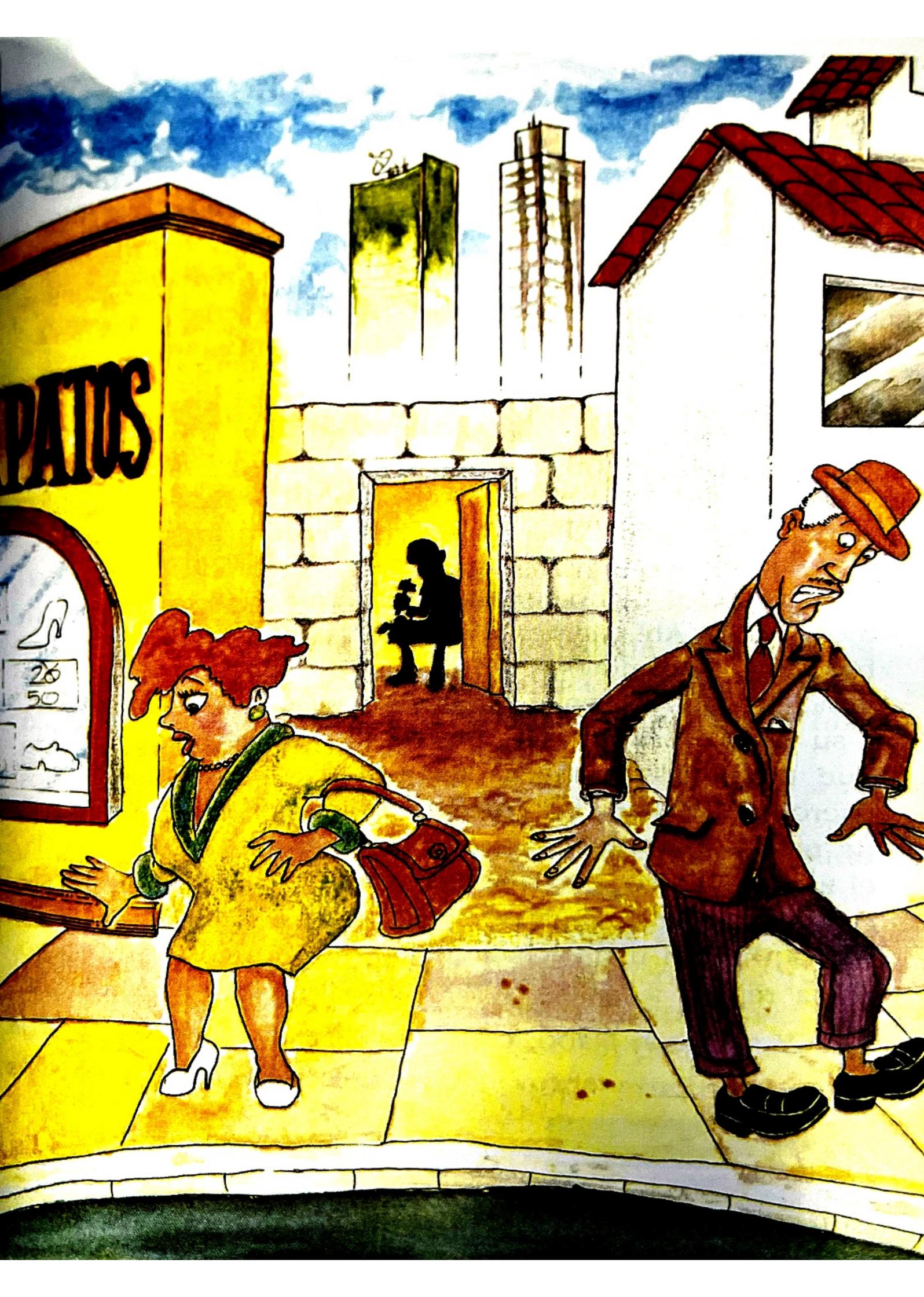
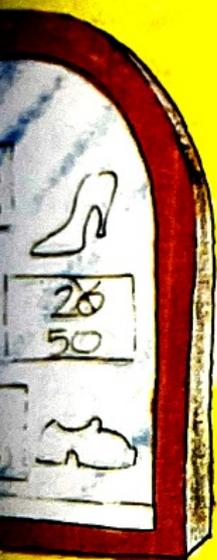
Así pasaban los días de Don Nabo que no escuchaba la bulla que hacían unos zapatos enormes que peleaban por un buen día, porque tenía sordera, y, mientras tarareaba alguna vieja canción desconocida, iban llegando algunos vecinos que por no tener mucho dinero acudían a su pobre casita para que les hiciera un buen corte de cabello.

Su vivienda era un pequeño cuarto de paredes de adobe revestidas con figuras de periódicos antiguos, figuras del Presidente peruano Sanchezcerro, de Manuel Odría, de Manuel Prado; así como de Hiroito, y posters de artistas del cine de antaño, muy amarillas y arrugadas, tales como Sara García, Clark Gable, Pedro Infantes, etc. y, un almanaque de 1936 que colgaba en la pared. Don Nabo imperturbable con su tin-ton, tac-tac, triz-traz, componía los zapatos y cortaba el cabello de los vecinos.

Y, mientras la ciudad de Lima crecía, la radio y la televisión traían informaciones sobre viajes espaciales y de Giotto, la nave espacial que se dirigía a otras galaxias y de la navegación por internet; Don Nabo, casi sordo, repetía incesantemente el tic-toc, toc-tin, triz-traz, con su martillo y sus tijeras sin darse cuenta que el mundo había cambiado.

Su casa pequeña estaba cerca de una acequia, cuyos zancudos no picaban ya a Don Nabo. Una cortina colgaba en dos clavos mohosos, desteñida de algo que se adivinaba fueron flores, dividía las dos piezas de su humilde hogar, casita vieja y dura. Entre sus enseres contaba con una cocina de una hornilla, dos ollitas, una taza y un plato y algunos muebles rústicos que se repartían entre su pobreza.

PATOS



No tenía luz, y como había perdido sus anteojos desde hacía algún tiempo, no leía los diarios.

Vivía, aparentemente, solo y, muy poca gente podía comprender su soledad; pero él no estaba solo. En cuanto el sol se ocultaba, sus zapatos empezaban a conversar.

Allí estaban Serapio y Estela, viejos zapatos, tan antiguos y pasados de moda, pero a no dudarlo que en su tiempo tuvieron prestancia, por su fino cuero, un adinerado señor se olvidó de recogerlos.

Serapio era un fino zapato marrón con un gran pasador, y Estela, un zapato de mujer de color blanco, de taco muy alto; ambos lo acompañaban en su soledad y ya las noches no eran tristes ni frías.

Al pie del fuego de la cocinita, Serapio le recordaba a Don Nabo los tiempos pasados. Decía Serapio con su enorme nariz... Ah!, tiempos aquellos...! nos vendían el agua hervida, los camotes, el pan y el chicharrón para el desayuno, por cinco centavos; al punto. Don Nabo interrumpía a su amigo Serapio, para decirle lo siguiente: He recordado que tengo dos monedas de a sol, mañana compraré los cueros que faltan, un par de frazadas para el frío, un saco de menestras y con el vuelto caramelos para todos. Estela, el zapato blanco, con una tiza, enseñaba a leer a los zapatos pequeños; otros, jugaban a la ronda, y unos toperoles de fútbol, hacían unas "chalaquitas". El zapato blanco de taco, hacía repetir a todos: a-mo a ma-má.

Y así, Don Nabo, conversando con Serapio, con Estela

o con Cholo Zapatillín, se pasaba las noches sin sentirlas. Su cuarto no oscurecía nunca.

Al amanecer un nuevo día, los zapatos y Don Nabo bostezaban y bostezaban.

Ahum-ahum, decían y, uno a uno caían dormidos, y Don Nabo después de dar las buenas noches, dormía algunas horas.

Don Nabo, Serapio, Estela, Cholo Zapatillín y los otros zapatos no se habían dado cuenta que, su casita había quedado en el mismo centro urbanizado de un barrio hermoso y residencial, y que por el avance del modernismo; ya no se veían burros ni caballos, las chacras habían desaparecido y los carros de lujo pasaban muy cerca de su puerta. Hermosas casas con jardines la rodeaban.

Cierto día: Mira! dijo Cholo Zapatillín, codeando a Marlene zapato rojo... están dejando una carta debajo de la puerta y, sigilosamente, sin hacer ruido, Zapatillín le hizo señas a Don Nabo.

pst, pst, pst! Nabo, Nabo, carta, carta...

Don Nabo, que había entendido el mensaje no pudo ocultar su sorpresa.

Esa noche con Serapio, Estela, tacones negros, Cholo Zapatillín y Marlene zapato rojo enmudecieron de pena, Estela, el zapato blanco, les había leído NOTIFICACIÓN!: Debían abandonar la casa. Don Nabo, casi, sin poder contener el llanto, contaba a sus amigos con voz enronquecida: De-

bemos dejar nuestro hogar, mi trabajo ya no es valioso, nadie zurcirá los zapatos, la gente prefiere los nuevos..

Esa noche, fue una larga noche de tristeza e incertidumbre... Todos pensaban en silencio, pensaban en el futuro, que le podría pasar a Nabo arrojado a la calle sin familia y con sus 90 años, a cuestras?

Cholo Zapatillín, con los brazos agarrados atrás daba vueltas sin cesar, Serapio, el zapato marrón, con su gran nariz, sentado sobre el ladrillo, parecía masticar sus pensamientos, Marlene zapatito rojo se sacaba conejos de los dedos, hasta que un zapato grande y humilde, Oswaldo zapato con muchos remiendos y parches empezó a susurrar a todos los zapatos, mientras Don Nabo soltaba gruesas lágrimas.

A la noche siguiente, cuando la ciudad estaba dormida, todos liderados por Oswaldo zapato salieron de la casa de Don Nabo... zapatos, zapatitos, zapatones, zapatillas, recorrieron plazas, calles, tiendas y bazares, casas, residencias, pues, para ayudar a Don Nabo, habían decidido visitar a sus compañeros.

Al amanecer, cuando las personas calzaban sus zapatos éstos se rompían en algunos casos, en otros, sobre todo los nuevos ajustaban demasiado, callos y llagas aparecieron en los pies; y, los zapatos nuevos de los escaparates se subieron los precios. Gloria! decía un señor gordo... Lleva a arreglar mis zapatos usados al zapatero, los nuevos me lastiman.



Antuquita! te has dado cuenta cómo han subido los precios de los zapatos?... Yo arreglaré los que tengo puestos.

Ismael, Pepe y César comentaban... No hay nada mejor que un par de zapatos usados y cómodos.

Y, así los pobladores del lugar empezaron a desfilar por la casita de Don Nabo, durante un buen tiempo. Don Nabo trabajó, tic-toc, toc-toc; por las noches los zapatos cantaban, jugaban y conversaban, como siempre.

La gente comprendió que el trabajo de Don Nabo era importante y, las autoridades respetaron su casita y se arrepintieron de haberlo querido sacar de ella.

Don Nabo estaba tan alegre y feliz de servir a los demás y no cobraba los precios reales por su trabajo. Cierta día se le malograron las tijeras, se le agotaron los materiales para arreglar zapatos, parches, clavos y pegamento desaparecieron.

Entonces, se dio cuenta que no podría continuar con lo que el llamaba su zapatería. Y aunque su humilde casa era respetada, ahora se sentía mal por no poder trabajar remendando zapatos y recortando cabellos y mientras su tristeza invadía lentamente su viejo corazón, no abría las puertas de su casita, y los pocos momentos que salía eran para regar con una lata algunas plantitas que se morían de sed por las calles.

Su último día de zapatero fue aquel en que vinieron a recoger al zapato marrón, de cuero fino, de gran nariz,

Serapio, como él lo llamaba cariñosamente, y al zapato blanco de taco alto, Estela. Antes de envolverlos en un periódico viejo, se los quedó contemplando largo rato con recóndita pena, y tomando entre sus manos a Serapio y a Estela, los acarició con ternura, sacándoles un último brillo con los puños de su camisa beige, que por el mucho uso estaba rota.

Nabo, dijeron ambos, mírate las manos” Tienes un tesoro en ellas. Don Nabo se miraba ambas manos rugosas pero fuertes aún, con líneas profundas y callos muy pronunciados.

Nabo!, tus manos, tu fortaleza, tu inteligencia, adelante Nabo! Tienes que vivir, los geranios te necesitan, las flores, las campanillas, esos mastuerzos hermosos claman por tí. Fue así como Idelfonso Navarrete, “Don Nabo”, comprendió que aún tenía herramientas valiosas, sus manos y su capacidad para trabajar como jardinero.

Las flores y los árboles lo contemplaban con cariño y cada vez que llegaba al jardín de algunas casas, las plantas lo aplaudían y Don Nabo de 90 años, con su sordera a cuestas, empezó a dialogar con las flores y los árboles, quienes se inclinaban discretamente a su paso, los pajaritos cantaban dulces melodías, los señores lo saludaban amablemente, y Don Nabo con su gorrita de papel de bolsa de cemento sonreía y recordaba a Serapio y a Estela; su pantalón de drill grueso, de color beige que casi le llegaba al pecho, amarrado con la pita. Su camisa muy usada con costuras e hilos de diferentes colores y de grandes punta-

das, sus tirantes de jebe negro de cámara de llanta, sus zapatos gastadísimos y desiguales y su cara buena y arrugada y una barba a medio afeitar, sabía que nunca estaría solo. Ahora había adquirido también un par de escobas gastadísimas que no tenían ni una paja buena, para barrer las calles, un tira que le servía de trapeador y ante la admiración de sus amables vecinos que le preguntaban por su edad y su salud Don Nabo respondía: LA VIDA ES HERMOSA.



**FELICIANO**  
**FE**





Era de día pero había oscuridad en la habitación y sobre una hundida cama, con rezagos de pintura blanca estaba sentado Feliciano. Era un día frío como otros tantos, pero tenía una singular significación, su pierna enyesada cumpliría dos meses de inmovilidad, mientras contemplaba desde ese ángulo oscuro a una gallina y, a sus pollitos que escarbaban piedrecitas en el patio, escuchaba una música chicha que a lo lejos decía "Andahuara de mi vida dame, dame tu querer"...

Estaba más solo que nunca y recordaba su tierra puneña, el lejano Puno que dejó hacía muchos años, a su madre campesina que no veía desde 1969, Hay! y cuánto dolor sentía.

Ahora pensaba en sus pocos recursos y cómo haría para subsistir; hacía meses que un accidente en su triciclo carretilla de helados y dulces lo tenía postrado en la cama... y cómo dolía!... Un carro corriendo, su carretilla volteada, sus pocas galletas y chocolates tirados por la pista y un grupo de curiosos que se arremolinaban: Está muerto! no, sólo está herido llamen a la policía! un taxi, un taxi... y cómo dolía!

La empresa en la que trabajaba le había prestado ayuda pero a medida que pasaban los días él sentía que lo miraban y miraban y tenía vergüenza. Cada vez que el hijo del guardián le llevaba los alimentos apretaba los puños de impotencia por no poder hacer nada para pagar el alimento diario.

Cuánto había sufrido para conseguir ese trabajo! y ahora de repente ¡zas! veinte años de labor se perderían irremediablemente.

Con sus 56 años le preocupaba su futuro Qué haría? cómo trabajar si su pierna derecha le dolía mucho y apenas si caminaba?

De pronto miró a su triciclo carretilla, de amarillo intenso como yema de huevo que descansaba en una esquina. Contempló largo rato silencioso a esa gran carretilla que anunciaba la alegría, el dulce sabor de los helados y chocolates, esa carga tan preciosa que lo hacía sentir tan importante y le había permitido dejar de ser un desconocido en la capital, pues desde entonces era Feliciano dame un helado; Feliciano tres cocorocos; Feliciano dos cua-cuá. Cuánto te debo Feliciano?

De pronto la gastada corneta que acompañaba a su carretilla y de donde salía la música que invitaba a consumir los ricos dulces, dejó esta vez salir un dulce sonido, casi un susurro: Felicianoooo, Felicianooooooo.

De dónde salía esa voz...? cuál no sería su sorpresa pues la corneta le hablaba.



Feliciano, Feliciano no tengas miedo, soy yo, seca esas lágrimas.

Feliciano pensaba cómo era posible que esto le ocurriera?, se estaría volviendo loco? Después de la sorpresa y el asombro, tímidamente se acercó a la corneta y le dijo: corneta qué está sucediendo? La corneta le contestó: Vamos, los niños nos esperan, extrañan mi música; los corazones están tristes; necesitan de nuestra dulzura.

Pero, no te has dado cuenta? no mes ves? decía Feliciano...

Vamos, no te preocupes, pronto nos deslizaremos nuevamente por la gran avenida Javier Prado y... a los colegios, a los colegios!

Feliciano ya no estaba triste, sonreía y después de dos meses sus grandes hoyos en su tez oscura y brillante lucían una gran sonrisa que colgaba entre las orejas mostrando unos dientes blanquísimos, grandes e incompletos. Era casi un gigante con cara de niño de color marrón como el chocolate. Su cabello lacio siempre muy brillante y su sonrisa de hombre bueno siempre con un periódico y una gorrita de paja que contenía un rebelde mechón que al caer le daba un aire muy juvenil.

Durante lo que quedaba del día, Feliciano no pudo concentrarse por la emoción de reencontrarse con sus amiguitos de siempre: Libertad, Estelita, Edmundito, Pelú, Deborah, Omar y Dorita, Normita, Mario, Ismaelito, Jack, Christian, Cuty, Toño, Nico, Osquitar, Luchín y Oscar.

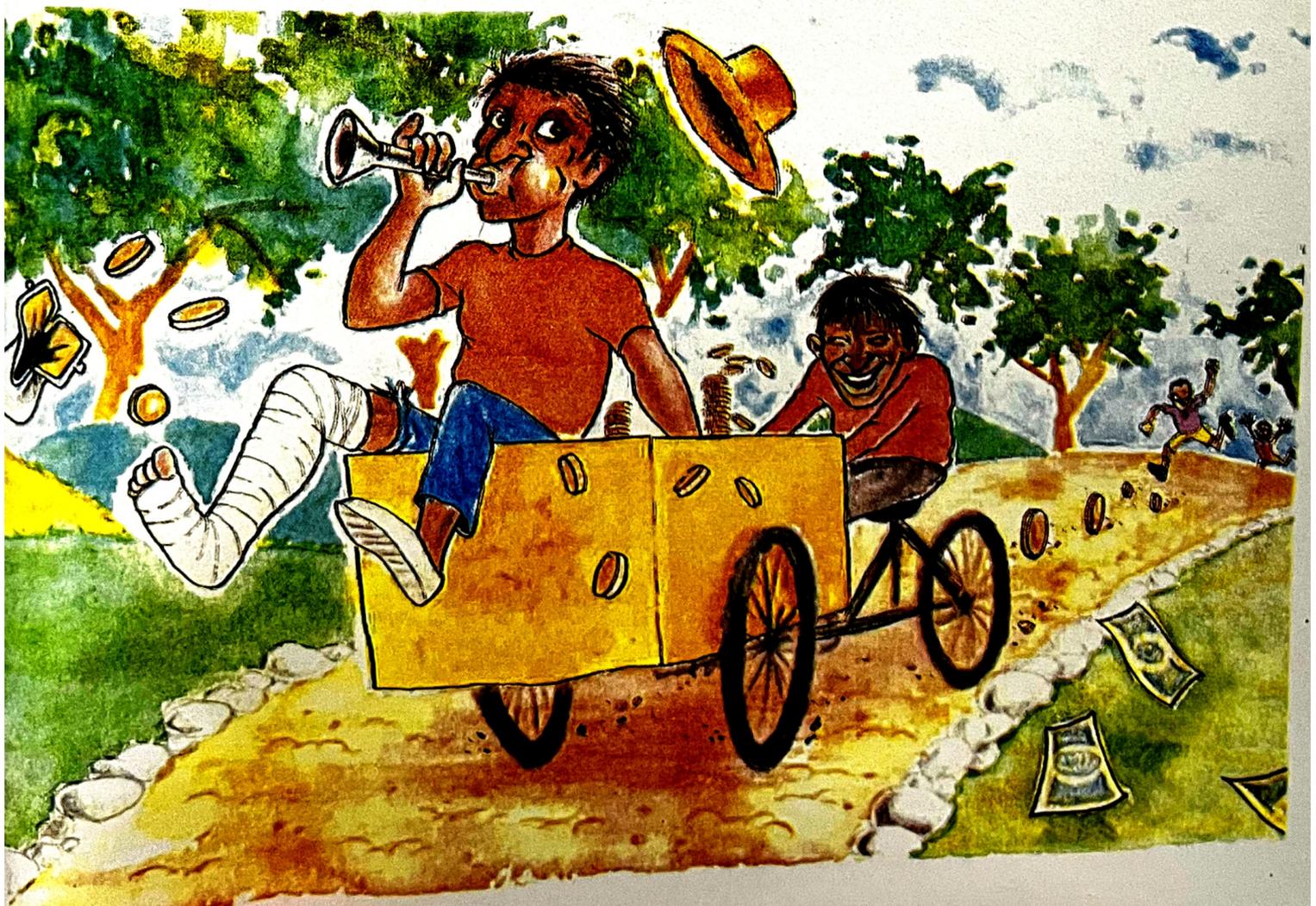
La corneta dijo: Feliciano, contémosle lo sucedido al guardián del corralón, él podría manejar la carretilla y tú y yo llamaremos a los niños; tú, sentado sobre ella, Don Juan manejando y yo con mi música cantando.

Así se hizo y ese nuevo día con una gran garúa le pareció más hermoso que nunca, porque visitaron todas las avenidas ya mil veces recorridas, los parques, los barrios más pobres y todas las señoras salieron a pagarle lo que le debían, pues las carteras al escuchar la música de la corneta se abrían solas y las monedas y billetes saltaban y desfilaron danzando hacia los bolsillos de Feliciano.

Después de una gran jornada de trabajo él y su corneta habían logrado lo que tanto deseaban, juntar un poco de dinero para comprar muchos chocolates, galletas y helados; y nuevamente Feliciano volvió a ser el Feliciano de siempre. La corneta sonaba y sonaba más lindo que nunca.

Así, al concluir el día, Feliciano al llegar a su habitación se dió cuenta que la pierna ya no dolía y esa noche, mientras envolvía con una franela roja a su corneta le dijo: Querida amiga corneta, cuánto me has ayudado, has hecho que me sienta útil en momentos difíciles, pero no sé tu nombre y quisiera saberlo.

Mi nombre es Fe, Feliciano, Fe, Fee, Feeeee..., y su voz fue enronqueciendo hasta que se apagó para siempre.



## INDICE

Historia de dos pumas .....	3
Don Nabo .....	15
Feliciano Fe .....	27

El diseño, diagramación y montaje de este libro han sido realizados en los talleres de Editorial Mantaro. El texto se ha compuesto en caracteres Garamond de 13,5 ptos. con 17 interlínea. Se terminó de imprimir el 29 de setiembre de 1997 en las prensas de Editorial Mantaro, Jr. Canta 530, Lima 13. Teléfono: 431-42-58



- *Historia de Dos Pumas*
- *Feliciano Fe*
- *Don Nabo*



**Cuentos Humanos**

*Estela Zapata Carty de Inga*